

DE LOS DIAS DEL COLEGIO

# Jaime Castiello

MAESTRO Y GUIA DE JUVENTUDES

XAVIER ORTIZ MONASTERIO



Este profesor "forma", porque comunica al alma de sus oyentes las dos cosas que forman (y no hay sino dos): Ideales y métodos

Al salir de México en tiempo de Carranza, un grupo de los jesuitas desterrados había partido hacia el sur en busca de asilo. Guatemala, convulsionada de anticlericalismo, no podía ofrecérselo. En cambio, El Salvador y Nicaragua vieron en los religiosos expatriados una ayuda providencial para sus problemas de educación y les brindaron todas las facilidades para la fundación de colegios. Así empezó su vida el colegio Centro América.

Jaime, como cualquier otro de los mexicanos que hacían sus estudios en el extranjero, hubiera venido encantado a su patria a jugarse la vida; pero habría sido un sacrificio inútil, porque entonces sólo el que ya era sacerdote valía para algo en México. Y, pese a las leyendas que corren de que los jesuitas durante el noviciado barren las escaleras de abajo hacia arriba para acostumbrarse a obedecer sin calcular la utilidad o inutilidad de su sacrificio, hay que conceder que tienen por lo menos el sentido común para no sacrificarse cuando nadie va a sacar ningún fruto de ello.

Excluído, pues, México, como campo de trabajo para los años de magisterio, Jaime fue destinado al colegio Centro América, en Nicaragua.

Jaime Castiello llegó a Nicaragua en julio de 1925, repleto de planes e ilusiones. Ya que no le era dado venir a su patria, por lo menos tenía el consuelo de pisar tierra de América y gastarse trabajando con muchachos latinoamericanos.

Un colegio es una máquina tragahombres un tanto cuanto inmisericorde. Y un "maestrillo" —ése es el nombre, quizá no demasiado pomposo, que reciben en la Compañía los estudiantes durante su magisterio— una víctima de buena voluntad, dispuesta a todo lo que se ofrezca. Lo que se ofreció para Jaime fue la prefectura de los internos de la primera división, o sea los mayores, y las clases de literatura e inglés. Al menos las cosas se habían acomodado bastante a sus aficiones. Tendría un buen puñado de muchachos junto a sí a todas horas para hacerles el bien, y el tipo de clases que él mismo hubiera escogido si hubiera tenido oportunidad. Es muy posible también que los superiores se hayan informado con él o con otros de sus gustos y aptitudes, porque eso es generalmente una garantía de efectividad. Si en el noviciado sería una tontería barrer las escaleras de abajo para arriba, en un colegio sería sencillamente locura.

No mucho tiempo después de su llegada, resumía, así Jaime sus impresiones: "El paisaje es de lo más bello que he visto en mi vida: dos lagos inmensos; nuestro colegio entre tres volcanes: Santiago, Ometepe y Momotombo. No lejos otro volcán, el Cosigüina. Todos en actividad.

"Su gente es inteligente, campechana, de mucha fe, ruda...".

Ya tenía entre sus manos la arcilla humana que había soñado. Se trataba de sacar hombres de aquellos muchachos de entre catorce y diecisiete o dieciocho años. El único rasgo que le faltaba por apuntar —tal vez lo callaba por demasiado sabido— es que su regimiento juvenil participa íntimamente de la naturaleza volcánica del suelo, que vivía en perpetua ebullición y que padecía, como legítima juventud latinoamericana, verdadera alergia a la disciplina. Pero eso no era más que un accidente secundario a los ojos de Jaime. En conjunto era un buen material humano: rico, inteligente, apasionado y muy temperamental. ¡A trabajar con ellos y por ellos!

He dicho trabajar. Es muy poco decir. Habría que usar un verbo parecido a esclavizarse. Porque ése era más o menos el papel del prefecto de internos. Desde las cinco y media de la mañana, que los levantaba, hasta las nueve de la noche, que los dejaba acostados, tenía que trotar a su paso. Y como se daba la coincidencia de que el prefecto, además de vigilante era también religioso y profesor y tenía que cumplir sus obligaciones como tal, había de levantarse antes para echar por delante la hora de meditación matutina y acostarse después para preparar las clases del día siguiente y la materia de la meditación de la mañana y hacer el examen de conciencia. Me figuro que el pobre de Jaime, al oír sonar el despertador a la madrugada, se levantaría con la impresión de que le estaban gritando: "Cristianos a las fieras!".

No estoy exagerando las cosas. Tampoco quisiera dar la impresión de que Jaime era el único que se veía sujeto a semejante prueba del sistema nervioso. Algunos al mismo tiempo que él y en el mismo colegio y muchos antes y después que él, vivían, habían vivido y vivirían en circunstancias parecidas. Pero lo que aquí nos importa es qué hizo de hecho Jaime en aquel infiernito.

Lo primero que hizo fue amar y hacerse amar de "las fieras". Entre la lista de treinta y siete conclusiones que escribió al terminar el magisterio, que son precisamente su filosofía pedagógica de bolsillo, sacada de su experiencia cotidiana, y que me han de guiar en este capítulo, hay frecuentes alusiones a esta actitud de entrega absoluta a los muchachos, de amor sincero y viril a ellos, como condición previa necesaria para hacerles el bien.

Desde luego no se cegaba —no podía cegarse— acerca de las dificultades de su cargo: "La vigilancia de internos es un oficio muy duro; cansa y agobia el alma por la tensión constante que exige. Sin embargo, es uno de los oficios que más influjo ejercen en la formación de los niños". Para él el elemento humano era lo más digno de interés que había en el universo. Las circunstancias no importaban, con tal de poder hacer algo de provecho con los hombres del futuro. En realidad, es la actitud esencial del educador: sacrificarse para formar.

Pero, ¿qué clase de sacrificios hay que imponerse para lograr ese fin? Ante todo los que conducen a crear un ambiente de bienestar entre los alumnos. "Hay que tener a los muchachos contentos. Para esto hay que pensar y discurrir y trabajar y, en general, fastidiarse bastante. Pero es uno de los grandes medios de ganar el corazón y ejercer autoridad con suavidad y eficacia. Por lo demás, en una división descontenta, ni se reza ni se estudia, y la murmuración y la carne... hacen su agosto".

Uno de sus alumnos nos habla de cómo trabajaba Jaime por llenar esta parte de su plan: "Organizador de frecuentes actos públicos y divertidas veladas, aunó muchas veces la dirección de ellas con la creación de exquisitos juguetes cómicos".

Director de juegos en la época floreciente del football nicaragüense, luchó contra nuestra natural desidia y supo mantener el equipo del colegio entre los primeros del país. En las prácticas de jueves y domingos, cuando cansados de tanto darle a la pelota el juego tomaba sesgos soporíferos, el Padre Castiello, para animarnos, corría tras el balón con todo el entusiasmo de un chiquillo. Cuando después de un importante partido la victoria nos sonreía, era el Padre Castiello el más alegre y bullanguero de todos los jugadores".

En otras ocasiones era una excursión la manera práctica de hacerle agradable la vida al regimiento. He aquí el diario de Jaime en uno de esos días:

"4 a.m.: me levanté. 4:30: desperté a los muchachos. 5:30: Misa. Comulgaron veinte de los treinta y tres que íbamos a la expedición. 6:30: Padrenuestro frente a la estatua. Salimos para la laguna de Apoyo. Día nublado, sin lluvia. Expedicionarios en gran facha, pero muy contentos. Un buen trago antes de bajar a la playa. Apenas llegados comimos cake y chocolate del país. Descanso y expedición por la playa. Volvimos a las 11:30 a.m. 12: Comida. Siesta. Los chicos se descalzan y hacen un muelle de piedras. Los grandes se lavan y duermen. 4 p.m.: Rosario. 4:30: Salida. Concierto de ortofónica en casa del Dr. Guillén. Visita a los del colegio Bosco, que jugaban foot-ball. Merienda de tamales en la estación. 5:45: Llegada al Colegio.—Día de primera, gracias a Santa Teresita".

Esa capacidad de sentirse plenamente a gusto en medio de sus muchachos, tanto que podía llamar "día de primera" a uno como éste, nos da la medida de la vocación de educador que tenía. El peso del sacrificio pasaba a segundo término, desplazado por la felicidad de estar formando hombres. Porque lo que Jaime procuraba con toda esta serie de iniciativas era precisamente crear el ambiente de bienestar que necesitaba para realizar a fondo su tarea de educador. Para ello le ayudaba mucho su carácter abierto, comunicativo, chispeante de agudeza, así como la buena cantidad de recursos humanos que poseía: con la misma facilidad tenía embobados a los chicos contándoles anécdotas que recitándoles unos versos festivos compuestos por él mismo a vuelamáquina, o cantándoles sabrosamente las buenas canciones de la tierra. Era otro de sus principios fundamentales: "Sin alegría, jovialidad y entusiasmo no se puede tener amistad con la juventud, que defesta —¡y con cuánta razón!— lo tieso, hurraño, desabrido, sentimental y llorón". Son los mismos muchachos que él tuvo en su división los que dan testimonio de que cumplía con este precepto: "De atlética contextura y alma recia y entusiasta fue el Padre Castiello, a quien tuve la dicha de conocer como vigilante de nuestra división y como profesor en el colegio Centro América. De contagiosa simpatía y afable trato, fue al mismo tiempo nuestro superior y nuestro camarada".

Era natural que lo adoraran, teniendo tantas cualidades para ganarse a la juventud y entregándose con esa prodigalidad manirrota. El mismo buscaba ese cariño, co-

mo condición esencial de acción profunda. "Urge ganar la amistad personal —corazón a corazón, hombre a hombre— de los muchachos. Si no, el influjo es enteramente superficial". No se trataba de un deseo egoísta; quería a todo trance y por todos los medios formar realmente hombres y para eso tenía que abrirse paso, como pudiera, hasta su corazón. Entonces empezaba propiamente el trabajo de construcción". "Hace falta un amor recio, sincero, humano y nada sentimental hacia los alumnos. Sólo se dejan curar por una mano cariñosa. Sin embargo, es menester que los muchachos palpen, tras la mano que acaricia, el músculo recio que puede y sabe apretar".

Jaime sabía apretar, pero buscando siempre un justo equilibrio que no sólo no le sustrajera el respeto y el cariño de sus muchachos, sino que aun pudiera servirles de ejemplo y norma en el futuro. Por un lado no hacerse de la vista gorda, porque "nada resta tanto a la autoridad como el dejar pasar las faltas". Pero, por otro, no tirarse fácilmente a las demostraciones estentóreas de autoridad, como son, por ejemplo, los castigos generales, porque "suponen o ineptitud o pereza o las dos cosas a la vez". Cuando un muchacho faltaba mientras Jaime era vigilante, podía estar seguro de que no escaparía sin una sanción proporcionada.

Pero no siempre salía él mismo del todo ileso de la aplicación de las sanciones. Aun en algún caso en que parecía contar con todo el apoyo de los superiores, se encontraba al fin de cuentas con que ellos no estaban de acuerdo. Un suceso que cuenta en su diario ilustra este punto. En vista de la incurable manía de los muchachos de usar a todas horas palabras gruesas, dio el Padre Prefecto del colegio a todos los profesores la orden de dar "un uno", o sea una mala calificación, a todo el que las soltara. Una tarde como cualquier otra, a la salida de la clase, uno de los chicos le espetó tres ajos a otro por cualquier razón. Jaime estaba presente, y después de cenar, cuando calculó que tanto él como el muchacho estaban ya plenamente serenos para hablar con calma, le comunicó la sanción. El mozalbete se puso furioso y se dispuso a reclamarle al Padre Prefecto. Este sostuvo el castigo. "Pero —comenta Jaime, no sin cierta explicable amargura— lo curioso del caso es que esta noche ha venido a mi camarilla a decirme que intimé el castigo demasiado pronto. ¿Y cómo dejar semejante ofensa pública impune largo tiempo? Francamente no entiendo. Dios nos ayude". Esa era para él la hora de agachar la cabeza como buen jesuita y no tratar de entender lo ininteligible. Por lo demás, casos como éste, inevitables en la vida de un colegio, donde los nervios de todos trabajan con corrientes de alta tensión, no eran frecuentes. Jaime estaba contento con sus superiores y sus superiores con él.

Cuatro parecen haber sido los pasos del proceso educativo que seguía con sus muchachos. El primero, del que ya quedan dichas algunas cosas, era ganárselos, poniendo para ello en juego todos sus recursos y pasando por cualquier sacrificio. Entregarse a ellos sin pichicaterías, desde la mañana hasta la noche, movido por un amor a la vez muy humano y muy sobrenatural, sin sentimentalismos, pero también sin brusquedades inmotivadas. El segundo era la conservación y el aumento constante de su propia autoridad mediante el uso inteligente y equitativo de los castigos. Sobre este punto no se hacía

ilusiones buscando un humanitarismo fácil, que no hubiera sido más que debilidad. El muchacho necesita vencerse por propia experiencia de que a todo quebrantamiento de la ley sigue fatalmente un castigo proporcionado; sólo por medio de esa saludable reacción casi mecánica llegará a acostumbrarse a proceder rectamente. Jaime estaba formado en la escuela inglesa, cuyo éxito radica en un equilibrio inteligente entre la libertad que se concede al alumno y las consecuencias funestas para él que usa mal de ella; recordaba los castigos, aun corporales, que se les imponían, y sus buenos efectos, y no se avergonzaba de confesar que él mismo había aplicado allá esa clase de justicia —más soportable ciertamente para los sajones que para los latinos—, cuando tenía autoridad para ello y le había parecido necesario. En Nicaragua no puso en práctica jamás esos métodos, como se comprende, pues le sobraba sentido común para distinguir las circunstancias y acomodarse a las costumbres de cada país; pero, en todo caso, sabía apretar las clavijas al muchacho cuando hacía falta, y consideraba esto como un medio necesario de educación.

Pero todos los castigos del mundo no son capaces por sí mismos de crear la autoridad. Es ésta un valor positivo, una fuerza interior que se posee o no se posee, una especie de emanación de la íntima personalidad, que ejerce un influjo misterioso sobre los demás. En este sentido puede decirse que hay hombres que nacen con autoridad. En la personalidad del genuino educador, según Jaime, es éste uno de los elementos esenciales: "Los colegios requieren gente eximia en todo el sentido de la palabra. No es fácil enseñar bien, pero es difícilísimo formar caracteres. El vigilante ha menester grande tacto, grande paciencia, mucha longanidad. Habrá de ser, además, "muy hombre", esto es, muy humano, lleno de compasión, pero también lleno de fortaleza. Al fin y al cabo no son ni las palabras ni las posturas las que forman, sino el contacto vital de una alma con otra alma. Por lo que sólo aquél puede formar que domina; y sólo aquél puede dominar que es en realidad y no por virtud del cargo que ocupa, "superior" —superior en sabiduría, en energía, en experiencia".

El mismo era un ejemplo de esto. Su recia personalidad, sin oprimir a los muchachos, lo colocaba muy por encima de ellos y comunicaba a sus actos y a sus palabras un valor muy especial. Por su parte, Jaime cuidaba de mantener esa superioridad benéfica. Un profesor no tiene a su alcance ningún medio mejor para lograrlo que impresionar a los muchachos con la calidad de su enseñanza. "Si los muchachos se duermen en clase —decía él— es que el profesor no sabe enseñar. La elocuencia, el nervio y la brillantez hacen tanta falta en la cátedra como en el púlpito". No exigía, pues, a base de amenazas la atención de sus discípulos; procuraba conquistarla a fuerza de ser interesante.

Cualquiera que tenga un poco de experiencia en estas cuestiones sabe que la única forma de conseguir esto día tras día es prepararse concienzudamente. Pero en las circunstancias de Jaime eso era difícilísimo, heroico muchas veces, porque para ello no tenía más remedio que robarle horas al sueño, después del pesado trabajo de la jornada. Así lo hacía. Abundaban en su diario de entonces notas como ésta: "Acabé preparativos a las 11 p.m. No omití un punto de ejercicios espirituales".

Si consideramos que a la mañana siguiente tenía que levantarse a las cuatro para salvar su hora de meditación y que esto no sucedía sólo de cuando en cuando sino con demasiada frecuencia, no nos parecerá tan fácil. En realidad abusó exageradamente de sus fuerzas y sólo una naturaleza privilegiada como la suya pudo resistir ese régimen salvaje. Cuando Alfonso su hermano, que venía de Europa destinado al colegio de El Salvador, lo vio en Panamá a su salida para teología después de los tres años de magisterio, lo encontró demacrado y lo reprendió seriamente. No era para menos.

Sea lo que fuere de estos abusos, el hecho es que Jaime lograba hacer interesantes sus clases y no tenía mayor problema de disciplina en ellas. Sus discípulos no sólo le querían sino que le admiraban como hombre inteligente, y eso ensanchaba sus posibilidades de hacerles el bien.

El tercer paso de su programa educativo iba directamente al carácter: endurecer a los muchachos por medio de la disciplina, pero no en una forma tiránica, que sería contraproducente en el momento que salieran del colegio, sino haciéndoles aceptar racionalmente lo que a primera vista podría parecerles militarismo crudo. "Conviene que los muchachos aprendan a amar la vida rutinaria y austera que viven en el colegio. Por eso es menester que entiendan el por qué de la disciplina; que se destierre el formalismo y que palpén que la disciplina es para los muchachos y no los muchachos para la disciplina". Esto exigía, además del trabajo con todos en común, una labor completamente personal con cada uno. Así lo comprendía Jaime: "Para mí no hay cosa más importante que saber discernir cuánto puede dar de sí cada muchacho, para exigirle "eso" con firmeza y bondad. Hay muchachos que pasan largo tiempo en el colegio y se adaptan externamente a la disciplina sin jamás adquirir su espíritu. Otros, como que adquieren algún tiempo ese espíritu y luego lo van perdiendo, hasta que un día se encuentra uno con una cáscara seca. Hace falta, pues, estar muy sobre aviso para discernir cuánto, no de rutinarismo, sino de genuino, sólido hábito virtuoso, se va formando en cada muchacho. Y si no, ¿por qué? Y si se ha formado y se va perdiendo, ¿por qué se va perdiendo? De otra suerte estamos tocando el violón. Como si la educación consistiera en engullir ciencia y aguantar pasivamente una disciplina pesada. Y mientras está uno en las nubes, los muchachos se secan y resecan y se apartan cada día más de nosotros en espíritu. Por consiguiente es absolutamente indispensable la observación constante e individual. Y esto es, no supererogación sino estricta justicia a los muchachos y a sus padres. De falta de esta observación nacen todos los fracasos. Y de la ruina de los muchachos nosotros somos responsables".

Como su fuerte era precisamente el trato personal y como se tenía a los muchachos absolutamente conquistados, no le era difícil ir inculcando en ellos la aceptación de la disciplina como principio esencial de la formación del carácter. Por su diario se ve cuánto lo buscaban los muchachos para la conversación personal a fondo, en la que salían a relucir sus problemas de todas clases, y con qué cariñosa minuciosidad se preocupaba él por ellos. Se alegra con cada uno de sus triunfos, lo mismo si se trata de que uno pronunció un buen discurso en una academia

al Padre Prefecto que si dirigió maravillosamente la delantera del equipo de fútbol y estuvo tirando mucho a gol. Esta capacidad de interesarse espontáneamente por todo lo suyo le ganaba aun a los más reacios, que al fin iban cayendo bajo su influencia.

El último paso de su acción educativa era formar hombres sincera y reciamente sobrenaturales. Para ello tenía que preceder él mismo con el ejemplo, que no consistía en efectismos teatrales o palabras rebuscadas, sino en estar tan íntimamente poseído de su ideal de religioso que sin pretenderlo estallara hacia afuera el incendio interior. Los muchachos no pudieron dejar de advertir la virtud que suponía esa entrega incondicional a ellos de parte de Jaime, y esa sonriente agresividad de todos los momentos para entrarle a lo más duro sin ahorrarse. Sólo un andamiaje macizo de principios sobrenaturales y más que nada una vital comunicación con Dios podía explicarles su inflexible devoción al fatigoso deber de cada día. Y tenían razón. Porque Jaime no era un espíritu puro que no sintiera la tentación de aflojar alguna vez un poco en aquella vida inhumana. "Cuando uno va cobrando autoridad —escribió— y se siente 'necesario', viene la tentación de "venderse caro". Y, sin embargo, nada hay más hermoso que "darse", sin regatear ni traficar. Hay, pues, que estar dispuesto a "servir" sin regatear, sin darse importancia, sin exigencias olímpicas a lo gran señor, cayendo en la cuenta de la realidad de las cosas y arrojando el hombro animosa y humildemente como lo arrojó Cristo Nuestro Señor".

Los muchachos oían misa cada día con él y lo veían absorto en el gran misterio del altar. Por fuerza hubieron de darse cuenta de que él se levantaba antes que ellos para orar, pues la camarilla del vigilante de internos estaba dentro del dormitorio, y sin duda más de una vez, por un accidente o por otro, tuvieron que acudir a él ya bien entrada la noche y lo sorprendieron haciendo su examen de conciencia. Es imposible que todo eso no se haya transparentado en alguna forma al exterior y que haya dejado de impresionar profundamente a aquellas almas todavía tan plásticas. Por poco perspicaces que fueran —y en esto los jóvenes tienen generalmente un buen olfato casi instintivo— adivinarían la gracia de Dios laborando activamente en el espíritu de Jaime.

Por lo demás, él no se limitaba exclusivamente a la eficacia del ejemplo. Buscaba la oportunidad de cimentar en sus alumnos sólidamente la vida sobrenatural. "Yo creo que Dios me ha bendecido —apuntó, refiriéndose a aquellos años— porque he trabajado más que nada por la comunión frecuente de los muchachos y también por la propagación de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús". Estaba persuadido hasta la médula de los huesos de que la acción realmente sobrenatural es la fuerza principal del educador que quiere formar hombres cristianos: "Es menester orar siempre, en el medio y en el principio y en el fin de todo lo que uno hace. Porque no hay duda que el influjo de Cristo y de María en el alma de los niños es el más hondo y el más duradero y el más práctico y el más eficaz".

Sus conversaciones reflejaban lo que vivía. Aun exalumnos que no lo habían conocido, iban al colegio para hablar con él de sus problemas. Todos repetían sus visitas después de tratarlo una vez. Fue el origen de muchas amistades de Jaime, que persistieron a lo largo de

los años. Y su correspondencia de entonces con ellos, para mantener la cual no se explica uno de dónde sacaba tiempo, es un ejemplo brillante de su espíritu apostólico. A un exalumno, con el que más tarde trabajó singular amistad, dirigió una hermosa carta, de la cual extracto algunos párrafos para ilustrar este punto:

"Aunque no me conoces, en algunas de tus cartas a tus antiguos condiscípulos has tenido la amabilidad de enviarme tus saludos. Quiero corresponder a tus saludos con esta carta, cuya longitud y franqueza espero me perdonarás. Al fin y al cabo, como antiguo alumno nuestro, tengo derecho de quererte; y esto, en la práctica, significa ser franco y hablarte".

A continuación hace una crítica aguda e inteligente de algunos artículos y poemas del muchacho, que ha tenido oportunidad de leer, y de pronto, hábilmente, cambia de plano: "Como crítico no tengo nada que decir sobre esto. Es defecto moral, no estético. La raíz del decadentismo no está en la filosofía literaria sino en la filosofía de la vida. . .

"Para empezar a moverte en verdad, habrás de empezar por colocarte con el rostro hacia las estrellas, en la actitud que tu naturaleza exige y "Dios quiere". Mientras tú no te plantes con firmeza en esta buena tierra en que Dios nos colocó, y levantes tu cara al cielo y te encares con la vida de esa manera franca, racional, viril, viviendo para un fin digno de ti y de las muy excepcionales cualidades que Dios te dio, estarás como auto ruedas arriba, azotando el aire".

Y comentando un enérgico artículo del mismo autor sobre la juventud, le dice: "Esa dinamita que hace eficaces y duraderos los esfuerzos de la juventud, que los coordina y los lleva sin vacilar hasta el fin, esa dinamita, gracias a Dios, existe. Es la gracia de Dios. Pocos años ha la juventud de México 'era una muchachada alegremente loca y alborotista, que andaba regando flores e inflando chimbombas'. Hoy han abierto ya la brecha en los desfileros de materia fósil. Yo que conozco su historia puedo asegurarte que la dinamita ha sido la sagrada Eucaristía . . .".

"Y nada más por ahora. No doy excusas por tan larga carta, ni mucho menos por la franqueza de que me he valido. Tú tienes la culpa; tú me enviaste saludos".

El destinatario no resistió la tentación de ir a conocer a Jaime en la primera ocasión. Y el asunto terminó en que acabó por coger la costumbre de ir a comulgar con frecuencia al colegio. O mejor dicho, no terminó allí, sino que se prolongó en una amistad fuerte y duradera. Más tarde, a petición suya, le escribió Jaime una espléndida carta sobre San Luis Gonzaga, que yo catalogaría entre lo mejor de su producción y que no reproduzco aquí por falta de espacio. Es una interpretación muy viril y muy certera de la personalidad del calumniadísimo y deformadísimo santo; y, aunque tiene una filiación indudable respecto de la biografía del mismo escrita por el Padre Martindale, lleva el sello personalísimo de Jaime. Copiaré únicamente un párrafo para no dejar del todo insatisfecha la curiosidad que se haya podido despertar en el lector:

"La vida de Luis. . . es la existencia de un especialista, de un hombre que se lanza con todo el peso de una naturaleza rica hacia un fin exclusivo y avasallador. La parte negativa, dada la pequeñez humana, no puede fal-

tar; pero será siempre la de menos importancia. ¿Qué significa, por ejemplo, en la vida de un hombre como Lindberg, la parte negativa de privaciones y renunciaciones? Muy poco, ciertamente, al lado de la inmensa realidad de sus conquistas. Luis, como todo enamorado, era un especialista; y su especialidad era Dios, a quien por razón de su alma pura, conocía y amaba como jamás ha amado ningún enamorado de mujer. Si en nuestras apreciaciones sobre su carácter preocupan tanto nuestra atención los elementos negativos, ese porque no acabamos de comprender que un hombre puede enamorarse de Dios, de suerte que todo lo creado se reduzca a la nada. "Si Tú me dices ven, lo dejo todo" —escribía Nervo. Pero es que ese "Tú", comparado con ese "todo", es como la "realidad" comparada con las sombras. La parte negativa —renunciaciones, privaciones . . . — es lo de menos en Luis. En él todo lo llena el "amor". Italiano del Renacimiento, en cuyas venas hervía la sangre más impetuosa de Europa, todo lo abandona, todo lo deja porque todo es sombra, y se abraza con la plenitud de realidad que es Dios".

Quien recibió esta carta es actualmente uno de los más finos escritores nicaragüenses y conserva un recuerdo imborrable de Jaime.

Se comprende que su acción personal como educador haya sido definitiva en los muchachos. Si sus antiguos maestros de Stonyhurst, los Padres D'Arcy y Martindale, lo hubieran visto moverse y trabajar con tanta fibra y eficacia entre la juventud del colegio "Centro América", se hubieran sentido muy orgullosos de su obra y habrían tenido la mejor prueba de que no habían sembrado en vano la tierra fértil de su espíritu.

Cuando Jaime, después de tres años de bregar en Nicaragua, recibió de sus superiores la orden de volver a Europa, llevaba consigo un bagaje de experiencias como educador que sería a la vez un estímulo y una medicina contra los idealismos huecos. Si más tarde escribió sobre educación libros que en medios raquíuticos pueden parecer soñadores, téngase presente que no había vivido encerrado en una celda, lejos de la realidad, sino muy en contacto con ella.

No encuentro mejor manera de poner fin a esta exposición del magisterio de Jaime en Nicaragua que valermelo de las palabras con que cierra sus propias conclusiones de ese período de su vida:

"De esta suerte, ya sea entre fatigas y dolores, humillaciones y desalientos, ya entre esperanzas y alegría, planes y entusiasmos, sin amargarse por los fracasos ni hincharse por el buen suceso, siempre en contacto con la cruda, hermosa realidad, con la vista fija en el ideal y la mano firme en el timón, con un canto en los labios y el amor de Cristo muy hondo en el corazón, "¡vayamos adelante!" 'Quae retro sunt obliviscens, ad ea quae priora sunt extendens me ipsum'".

Sangre de mi Capitán,  
en tus gloriosas campañas,  
tus hazañas . . . mis hazañas.  
En las luchas que vendrán,  
tus enemigos caerán  
sobre el cuerpo de los dos.  
Y lucharemos por Vos  
y viviremos luchando  
y moriremos cantando  
el triunfo de nuestro Dios.